

DIEZ Y SEIS PAGINAS

20 céntimos

BENITO PÉREZ GALDÓS

Genial pensador y artista,
laurel que busca, conquista
con su númen soberano;
es el mejor novelista...
y el peor republicano.

Para caballeros ≡

≡ **para niños y niñas**

no compren sombreros sin

ver antes la gran Exposición

y precios que tienen los

≡ **GRANDES ALMACENES** ≡

GONZALEZ RIVAS, Preciados 23 y 25

CINCO GRANDIOSOS ESCAPARATES

CON LOS ÚLTIMOS MODELOS

No hay quien compita con la

CASA GONZALEZ RIVAS

Preciados, 23 y 25



Madrid Cómico

SE PUBLICA LOS SÁBADOS

Oficinas: Preciados, 17, entresuelo.

DE TODO UN POCO



ON JOSÉ.

Este Don José ha cumplido ya los 57 años.

Es un hombre que tiene organizada la vida á base de comodidad y de egoísmo.

Llama á la puerta de su casa, con dos golpes, para que adviertan que es él y salgan cuanto antes á abrirle.

Se dirige á su alcoba, se despoja de la ropa que trae y que va doblando cuidadosamente, se pone un trajecillo ya en segunda situación, se calza unas desahogadas pantuflas y se encamina al comedor, á punto de sonar las ocho.

Nadie come hasta que el patriarca se sienta á la mesa y dice con solemnidad:

¡A ver, la comida!

Don José desdobra la servilleta, se la anuda al etrusco cuello, no sin antes inspeccionarla con atención por si se la han cambiado, y pone al alcance de sus deseos todo el instrumental; la botella de agua de Mondáriz, el límpido sifón y el convoy para aderezar á su gusto la ensalada.

Hay un silencio.

Don José se sirve el primer plato y retira la fuente, que ya le molesta, diciéndole á la familia: ¡Ponéos vosotros!

Entonces la esposa va dando á cada uno de los chicos su ración; alguno intenta protestar, pero una mirada elocuente de la madre, señalando al augusto fundador de la prole, contiene al descontento.

Pasa la comida en el silencio más imponente.

El hijo mayor mira á hurtadillas la hora, porque le aguarda su pedacito de novia; pero como si no; hasta que papá no se levante de la mesa, es pleito perdido.

Y Don José come despacio.

Por fin, se levanta, con la misma solemnidad que se sentó, va á su alcoba, se vuelve á poner el traje que se quitó, da un beso á los niños, recomendando á la esposa que se acuesten todos en seguida, incluso la criada, que disimula su mal humor dando una paliza á los platos en vez de fregarlos, recoge la llave de la puerta de la calle, porque eso de esperar al sereno le molesta mucho, enciende en el pasillo un cigarro de quince, elegido entre veinte ó treinta que le hace sacar á la estanquera, se lía en su capita y se marcha.

La portera, al verle salir, le dice, poniéndose en pie y casi cuadrándose: ¡Buenas noches, Don José!

—Buenas noches, Petra—responde.

Don José sube en el primer tranvía que pasa, procura sentarse cerca de la plataforma anterior para no tener que pagarle á nadie, y al llegar á la Puerta del Sol, se apea. Compra un periódico de la noche, siempre el mismo, como es natural, y muy despacito se mete Madrid adentro, por la calle de Mesón de Paredes.

Al llegar á una casa de modesta apariencia, mira á su alrededor, observa un momento, y después saca una pequeña llave del bolsillo, que lleva impunemente, porque en su casa, ¡cualquiera se atreve á registrarle la ropa! y Don José se cuela en el portal.

¡Don José tiene un lío!

¡Hace quince años!

Pero Don José, como dicen las mujeres, sabe hacer bien las cosas y no se ha enterado ni la tierra.

¡Bueno está Don José!

PEPE.

Es un simpaticón. Tiene la simpatía por arrobos, dinero aparte, una mujer bonita y la mar de meritorias disponibles.

Pepe es un aturdido delicioso, un informal con los más santos propósitos de reformarse, un guapo mozo que se propone todos los días hacer su última calaverada para que su mujercita le perdone las muchas que le ha hecho en este mundo.

Es el mejor cliente de los continentales.

Todos los días cartas á su casa en estos ó parecidos términos:

«Nena, no me esperes á cenar. Se me olvidó decirte esta mañana que Enrique me invitó á comer con su señora. Ya sabes que están de paso en Madrid. No nos vemos hace muchos años. Comprenderás que no era cosa de desairarles. Si va Rodríguez, al que habia citado de siete á nueve, dile que vuelva mañana sin falta. Perdona, nena; tu apasionado, *Pepe*.»

Al día siguiente, próximamente á la misma hora, la *nena* recibe esta carta:

«Tesoro. ¡Qué rabia! Cuando me disponía á ir á casa, me ha cogido Carlos en la Peña, y me ha obligado á cenar con él. Ya sabes que tenemos pendiente un asunto de mucha importancia. No ha habido modo de negarse. Ya le conoces. Y luego, como no nos veíamos hace muchos meses... Pero te prometo que esto no vuelve á ocurrir, porque yo no como más á gusto que al lado de mi mujercita. Carlos se ha empeñado en enviarte esas flores. ¡Ah! Si va Rodríguez, dile que, sin falta, le espero mañana, de siete á nueve. Un abrazo muy fuerte de tu muñeco, *Pepe*.»

¿Pero cómo va á comer Pepe en su casa, si Pepe es un *punto*, y á todas sus *amigas* las promete cenar en su agradable compañía?

¡Y como todas cenan á la misma hora, poco más ó menos, el pobre Pepe se vuelve loco para cumplir con los compromisos que se ha creado!

¡Bueno está Pepe!

¡Cualquiera le encuentra en su casa!

No hay que decir que Rodríguez ha desistido ya de verle.

PEPITO.

A Pepito le conocéis todos.

Pepito ha venido á este mundo con la sola misión de alegrar la vida á las muchachas del coro. Se le disputan todas, no para quererle, sino para pedirle cosas; mallas, zapatos para la zarzuela nueva, un corte de vestido que vieron al salir del ensayo, un juego de peines, dinero para que la pobre mamá se tome un bisté, porque siente cierta debilidad, unas postales para enviar á las amiguitas de provincias...

Pepito opone aparentemente una cómica resistencia á los caprichos ó necesidades de las chicas, pero acaba por satisfacer sus deseos. Y Pepito es feliz con visitar á las tiples, y con pedirles un retrato para su colección.

Además, tiene tan buena mano, que á la muchacha que le pone los puntos, como él dice, se le casa en seguida.

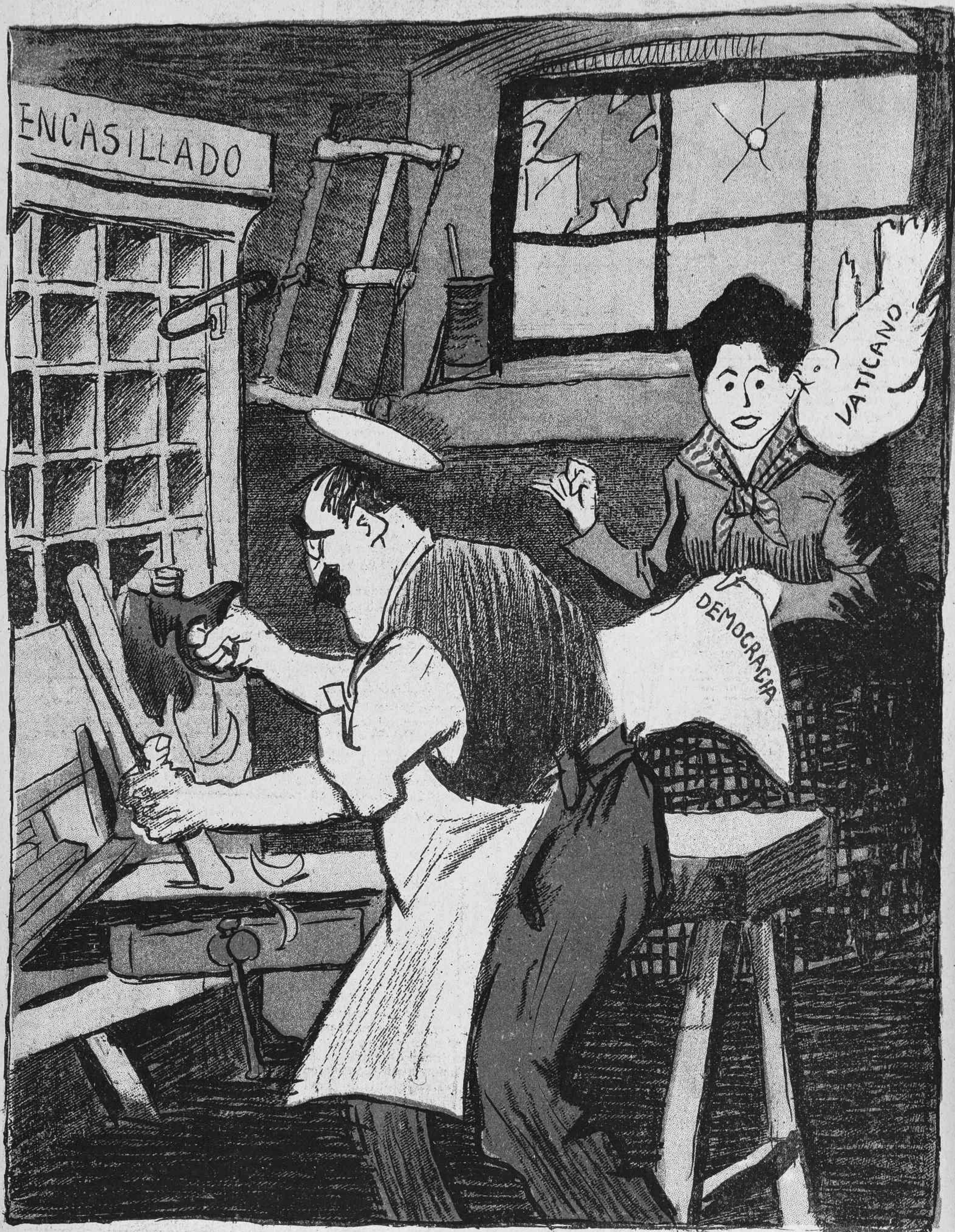
Y él va de flor en flor sin lograr otra cosa que sonrisas, apretones de manos, y palabras de algo muy remoto, que nunca ve realizarse el pobre Pepito.

Hoy, festividad de San José, el Santo de más circulación del almanaque, quiero dedicaros esta crónica.

Don José, Pepe, Pepito: ¡muchas felicidades!

Luis GABALDÓN

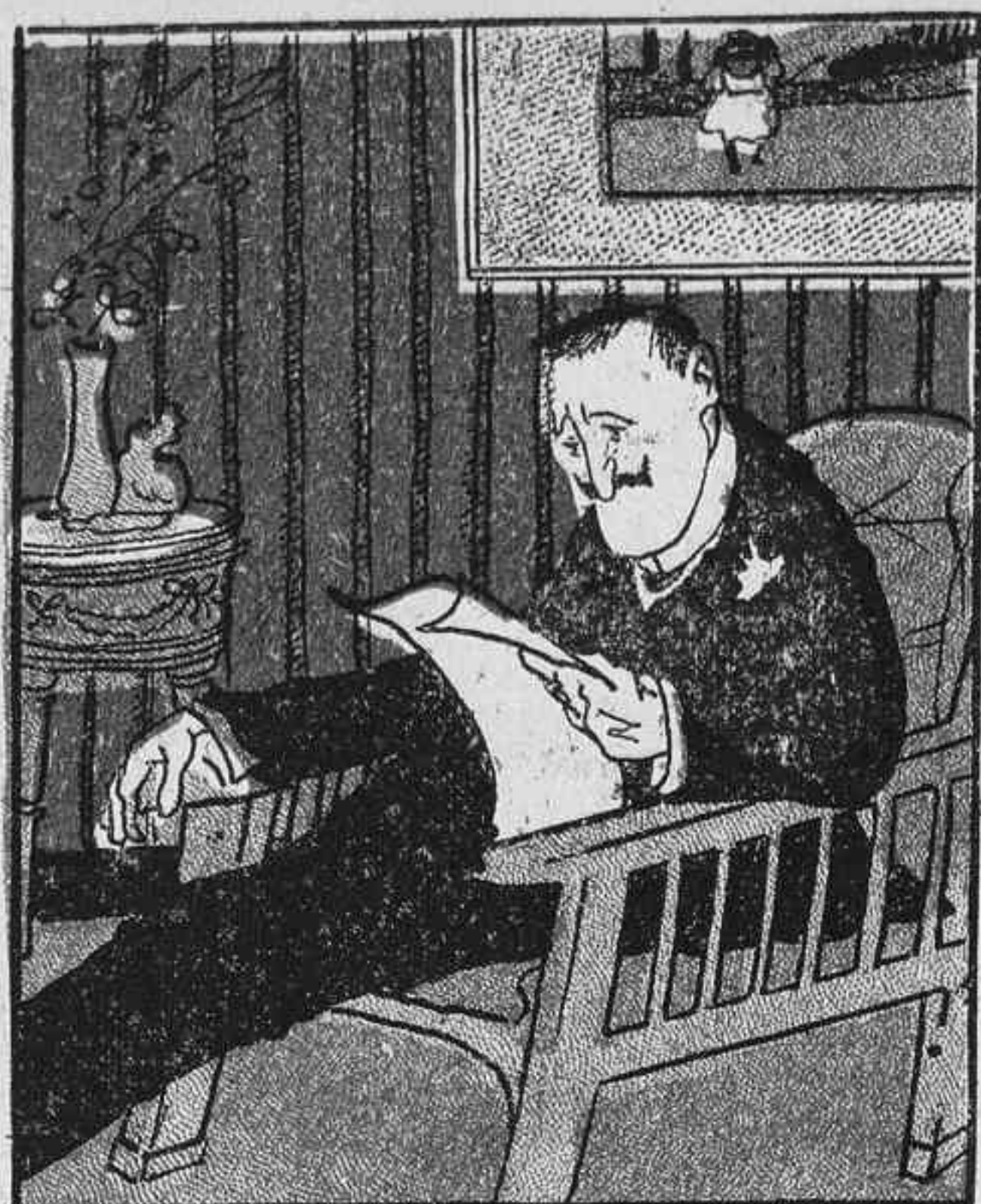
EL SANTO DEL DIA



SAN JOSÉ BENDITO...

(Dibujo de Tovar)

¡MACHACA, CHICO, MACHACA! por Montagud



D. LESMES (leyendo).— «...La afición está de duelo. El divino Machaquito no torea en Madrid. Lloremos los madrileños nuestra desgracia.»



—Buenos días, D. Lesmes. Ya sabrá usted la *novedad*, Machaquito no quiere nada con Mosquera.
—Sí, sí; ¡qué lástima!...



—D. Lesmes, no me diga usted nada. Estoy que me ahogan con un cabello. ¿Ha visto usted eso de Machaquito?...



—¡A ver si me sirves pronto, que tengo prisa!
—No sé si podré servirle con tranquilidad. Lo de Machaquito me ha descañarrado.



—Deme usted cigarros buenos.
—Tengo una marca superior; de los que fuma Machaquito.



—Ya habrá usted visto lo que ha pasado.
—¡Sí!! ¡Que Machaquito no torea!!... Os voy a dar un recibo.



—¡Olé las mujeres! ¿Es usted la Camarau-Chimay?
—Me llamo la Machaquito.
—¡Ca... ray! ¿También ésta?



—Una copa de anís.
—¿Quiere usted anís Machaquito?
—¡¡Quiero demonios!!



—¿Qué le pasa a usted, señorito?
—¿Qué me ha de pasar? ¡Que tengo un Machaquito en la boca del estómago!



CONDICION HUMANA

Érase, el de mi cuento, un matrimonio joven, rico, feliz, de esos que llaman «de inclinación» y en cuyo santo lazo la fusión, se supone, de dos almas. Mas, como ocurre siempre del amor en la práctica, entre dos que se juran mutuo afecto sólo hay uno que quiere, que no engaña, y otro (quizá el más listo) que se deja querer. En esta fábula era la dulce esposa quien, á la fe jurada, rendía sus tributos amorosos con el ardor de una pasión lozana y quien se perecía porque, dentro de casa, viviera el zamacuco del marido como el pez en el agua, mientras él, hastiado de la tranquila conyugal melaza, por la cosa más leve solía armar tremendas zarabandas. Cierta vez, en dos días de la misma semana, como plato de pesca le dieron de almorzar merluza en salsa, y no quieran ustedes saber el cisco que por esta causa movió el «niño mimado» á su media naranja.

—¡Esto es intolerable, esposa mía!
—¡Pero, hombre, escúchame!... —¡No escucho nada!
¡Dos días ya merluza!...

¿No venden más pescados en la plaza?...
Y negándose á oír explicaciones, ciego, loco de rabia, sin querer almorzar se fué á la calle dejando á su mujer hecha una lástima. Caminando al azar, desesperado, iba el *pobre marido* que botaba, poniéndole defectos á su esposa; muerto de hambre y pensando «en su desgracia» se metió en un café; llegó á una mesa, dió dos ó tres palmadas y se puso á leer en un periódico mientras el camarero se acercaba.

—¿Qué desea?... —Almorzar; deme la lista...
—No hay lista; de palabra le diré al señorito... —Bueno; venga.
—Hay... *bistec* con patatas, pepitoria, riñones, solomillo...
—¡Lo de siempre!... —¡Qué lata!
—Hay ternera, jamón, buenos fiambres...
—¡Todo eso me empalaga!
—Ya no se qué ofrecer al señorito...
—¿De modo que no hay nada que yo pueda almorzar?... —Usted perdone, es usted el que no encuentra... —Bueno; basta. Eso es decir que soy un exigente ¿no es verdad?... —No, señor; pero... ¡caramba, si que es difícil acertar su gusto!...
¡No tendrá el señorito muchas ganas!
—Tráigame... cualquier cosa.
—Pues, *usted* me dirá... —¡Merluza en salsa!

Enrique LÓPEZ-MARÍN

ZOCO LITERARIO

Santo Tomás de Aquino, por Horacio Miguel.

Deseconocida alma piadosa me remite desde Palencia unos versos publicados en un diario de aquella ciudad.

Quedo agradecido al bien intencionado remitente, mas no seré yo quien saque al «Zoco» los gazapos de esa composición poética, porque si yo le digo, á D. Horacio Miguel, que ha escrito endecasílabos de diez, once, doce y hasta trece sílabas, hurtará el cuerpo y, volviéndose al glorioso Santo Tomás, le dirá:—Mira, santo mío, cómo te maltrata ese hereje de Ocón. El poeta místico suele proceder así: parapétase tras de lo santo para apedrear al prójimo con ripio.

Reliquias, de Antonio Zayas.

*ávida siempre de agrandar, no cuida
de que ambos senos el corpiño esconda.*

Abro el Diccionario, ese librote desdeñado por los poetas, y encuentro: *Seno*. — *Cavidad exterior del pecho de las personas.*

En eso estaba yo también, en que las personas, lo mismo la mujer que el hombre, tenemos un solo seno cada una en el sitio que el corpiño suele ocultar.

Sin embargo, Zayas, en esa *reliquia*, pone *dos senos* en una mujer; el *seno* y el *coseno*, que también es *seno* del arco-complementario.

Vamos con otra *reliquia*.

*¡y arrancaréis del alma las pasiones
cuando hondos ecos á la piedra oscura
mi columnata musical de acero.*

Así dice á los fieles un órgano de iglesia.

Yo ya sé que la poesía consiste en no llamar á cosa alguna por su nombre; en llamar *hueca columna metálica* á un tubo de órgano, y *pétreo tubo macizo* á una columna de granito; esas y mayores libertades se toman los poetas. Lo imperdonable es escribir que la columnata musical del órgano es de acero. No, señor de Zayas; los tubos de los órganos de iglesia son de madera ó de metales no muy duros, pero de acero jamás, y menos en órganos antiguos, como parece ser el que el poeta nos muestra como *reliquia*. Claro está que, en empeñándose, pueden construirse hasta de celuloide.

Esta *reliquia* y algunas más forman el libro *Reliquias* del Sr. Zayas. No lo he leído. Un amigo del autor reproduce cuatro *reliquias* en un semanario, y escribe que está justificado el derecho de Zayas á sentarse en un sillón de la Academia desde tiempo.

¡María Santísima! Á la Academia quien pone dos senos á una señora y á los órganos tubos de acero *inrompibles*, como ahora decimos.

El Vendedor, de Anselmo Martín.

Aunque el soneto se titula «El Vendedor», el autor dedica siete versos al vendedor y otros siete al borrico; se trata, pues, de un soneto en el cual resplandece la equidad.

*Fué ayer, cuando el invierno lo pedía,
la leña que animó la chimenea,
y hoy la dorada fruta que vocea
con inconscientes gritos de alegría.*



Hay que fijarse mucho en los adjetivos, mi distinguido señor Martín. Al escribir *dorada fruta* impide usted que ese pobre hombre venda uva negra, sandías, higos y otros frutos imposible de ser dorados, naturalmente.

Otro adjetivo poco meditado es *inconscientes*.

Esa inconsciencia no será la inconsciencia de los gritos, sino la del vendedor, y usted sabe muy bien que todo vendedor vocea su mercancía sabiendo lo que hace y por qué lo hace, es decir, conscientemente.

Bebidas y alimentos, de Antonio Zozaya.

Suponed una plaza sitiada; en ella no entran bebidas ni alimentos.

¿Pues qué, Sr. de Zozaya, no hay bebidas que son alimentos?

Usted debiera saber que *alimento* es toda substancia que sirve para nutrir por medio de la absorción y de la asimilación; que, según los tratados de Ingesta, hay dos clases de alimento: el *plástico*, en el cual domina el nitrógeno, y el *respiratorio*, en el cual domina el carbono. A esta segunda clase de alimento pertenecen las bebidas alcohólicas. Hay, por lo tanto, bebidas que son alimento.

Ya comprendo que, al escribir *alimentos*, por cosa distinta de las bebidas, se refiere usted á los *plásticos*, y no se cuidó de expresarlo, como hay derecho á exigir á quien publica un corto número de renglones muy separados, como bocado exquisito, en la primera plana de un rotativo.

Castilla, de Tomás Borrás.

La Inquisición persigue al embrujado.

Embrujado, sinónimo de *hechizado*. Estar hechizado, es su-

frir grave daño de la hechicería ó brujería; y los que estaban ó creían estar, bajo el peso de esta desgracia, como le aconteció á Carlos II, no fueron perseguidos por la Inquisición; á quienes persiguió este Tribunal fué á los que embrujaban ó hechizaban. Fijese, Sr. de Borrás.

Es lástima que haya usted deslizado ese dislate, porque sin él, y prescindiendo del *doliente* que ya huele á puchero de Rubén Darío, los versos á que me refiero, me gustan.

Oliver, sainetero.

Con Luceño y Ricardo de la Vega, Oliver formó parte del Jurado calificador en el concurso de sainetes.

Esta misma tarde pienso ir al Ateneo, entraré en la biblioteca y pediré el tomo ó los tomos de sainetes de Federico Oliver.

Luis J. Huertos.

No recuerdo cómo titula la composición. Perdóne mi poca memoria. No es desconsideración.

Un galán dice á una joven que vive en un castillo:

Tu mano ansiosa correrá el rastrillo.

Como no fuera con ayuda de la guardia del castillo ó de otros servidores, lo dudo, pues el rastrillo en los castillos y demás fortalezas era una compuerta con reja ó verja resistente y espesa, afianzada con fuertes cuerdas ó cadenas.

Esa joven tierna no podría, con su mano, levantar ese peso.

Enrique DE OCÓN

RECTIFICACIONES A LA GUIA "BAILLY-BAILLIERE"

Habrán ustedes observado que esta Guía de Madrid tiene muchas erratas. ¡Es natural! Toma nota de los domicilios cada diez años, y en tan largo espacio de tiempo la gente cambia mucho de casa. Unos cambian por comodidad, otros cambian por necesidad, y á otros no hay manera de hacerles cambiar.

Para comodidad de nuestros lectores, á continuación va una lista de los nuevos domicilios en que habitan las personas más conocidas en Madrid. Si alguna no vive ya en donde se indica, ó siente que su residencia se dé á la publicidad, tomaremos nota para hacer la rectificación correspondiente en el próximo año.

Pérez Galdós.—Calle del Laurel.
Benavente.—Arco del Triunfo.
Linares Rivas.—No ha encontrado casa en el Arco, y se ha tenido que quedar en la Glorieta de Quevedo.
Gloria Laguna.—Paseo de las Delicias, junto al cuartel de la Ben-emérita.
Álvarez Quintero.—En el mismo paseo, más abajo de la Gloria.
Ursula López.—Hermosilla.
Maura.—Calle del Nuncio.
Moret.—Calle del Desengaño.
Antonio Paso.—Costanilla de San Andrés, acera de los pares.
Lleó.—En la acera de enfrente.
Répide.—Calle de Santo Tomás.
Antonio Hoyos.—Almagro.
Julia Fons.—Plaza del Rey.
Jackson Veyán.—Calle de la Redondilla.
Bretón.—Calle de Latoneros.
Cristóbal de Castro.—Calle de la Luna.
Torregrosa.—Pasaje de Murga.
Dicenta.—En las Tabernillas.
Reynot.—Calle de Buenavista.

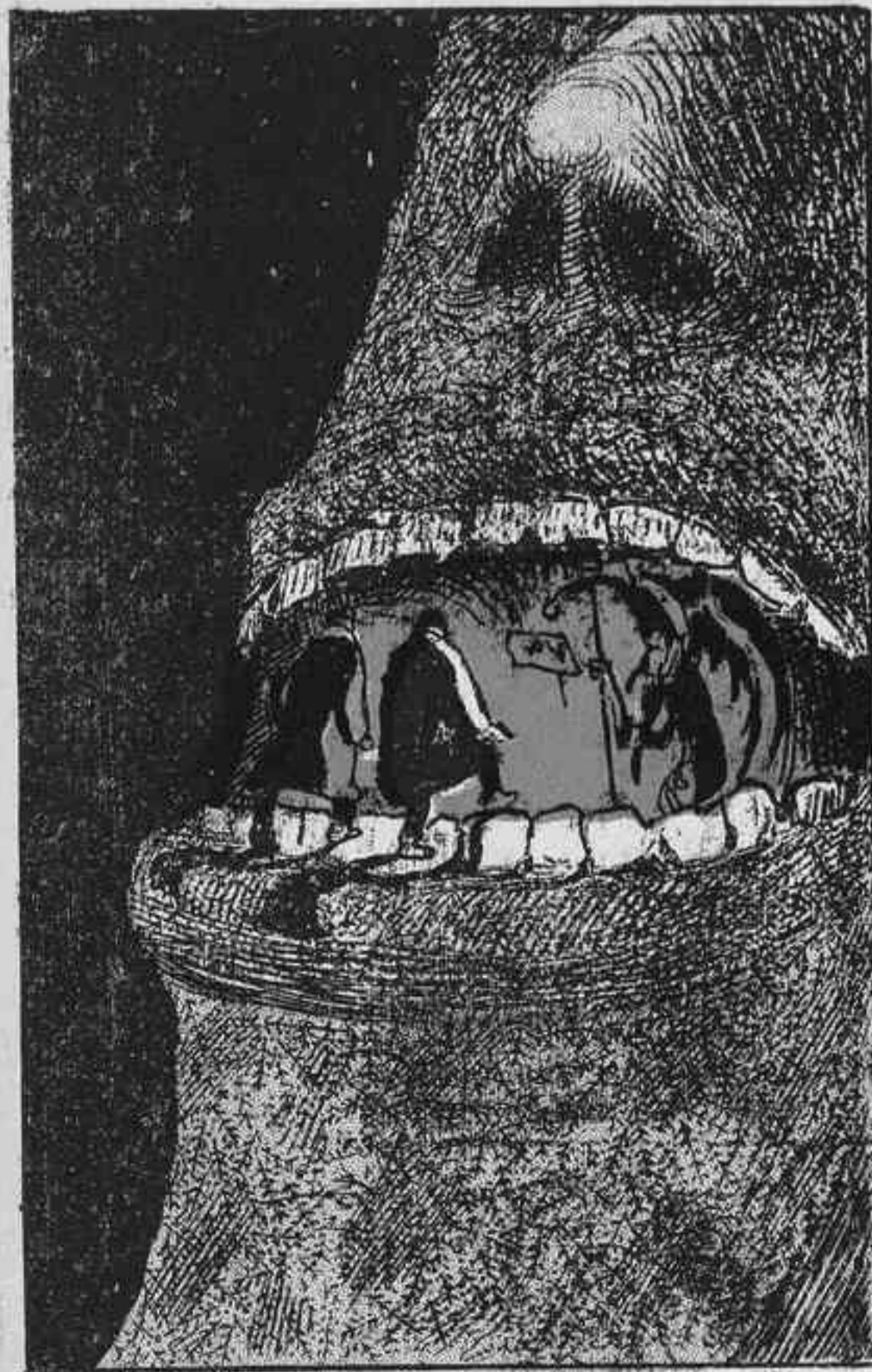
Manolo Vico.—Caballero de Gracia (cuando no trabaja).
Manolito Caballero.—Calle de la Cabeza.
Sociedad de autores noveles.—Puerta Cerrada.
El maestro Foglietti.—Calle del Pez.
Asensio Más, López Monis y González Pastor.—Tres peces.
Hermanos Cueva.—Paseo de Melancólicos.
La Cierva.—Calle del Cid.
Gómez de Baquero.—Calle de Cervantes... Saavedra.
Lola Saavedra.—Calle de Canillas.
Amadeo Vives.—Plaza de Santa Cruz.
Muriel.—Calle de Coloreros.
Montero Ríos.—Calle de la Comadre.
Chicote.—Paseo del Prado.
Loreto Prado.—Corredera baja.
Romanones.—Calle de las Conchas.
Canalejas.—Calle de la Visitación.
Luca de Tena.—Calle de Ministriles (fotografía).
Saint-Aubin.—Calle de la Esgrima.
Embajada marroquí.—Calle de Postas (Posada del Peine).
Manuel Fernández Palomero.—En los Cuatro Caminos, que es lo que está más lejos de Lavapiés.
La Palou y la Pino.—Calle de dos Hermanas.
Rosario Soler.—Calleja sin nombre y sin salida.
Calleja.—Cuesta de las Descargas.
Ramos Carrión.—Cuesta de San Vicente, al final de la cuesta.
Santiago Alba.—Calle de Correos.
Alberto Aguilera.—Plazuela de Afogados.
Enrique de Ocón.—Se desconoce el domicilio.
Enrique de Osín.—¿Yo? En la calle que más me gusta, porque á mí... ¡A mí Prim!

Enrique DE OSÍN

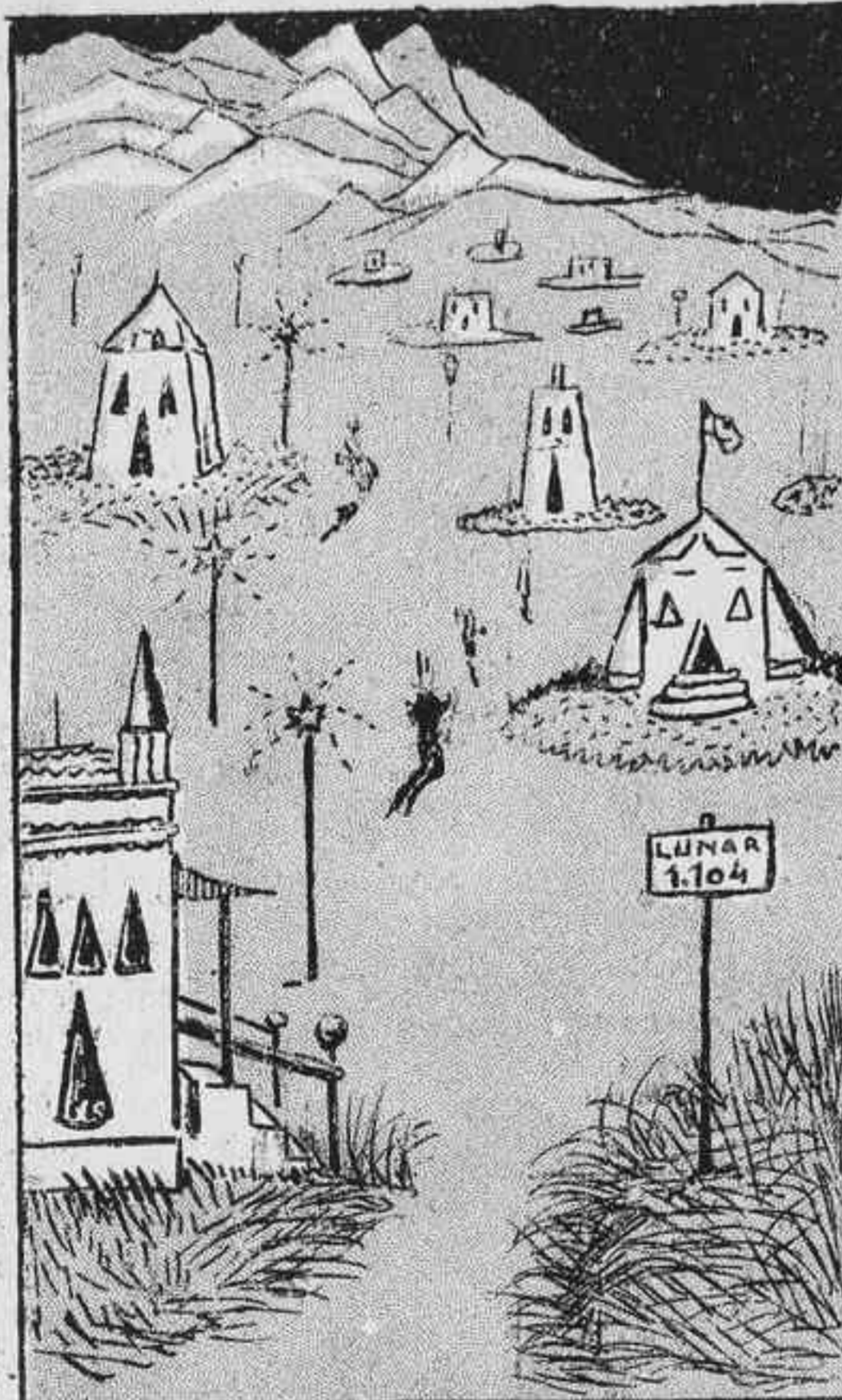
Un viaje al cometa Hal-ley, con todas las de la ley

por González Pastor y Karikato

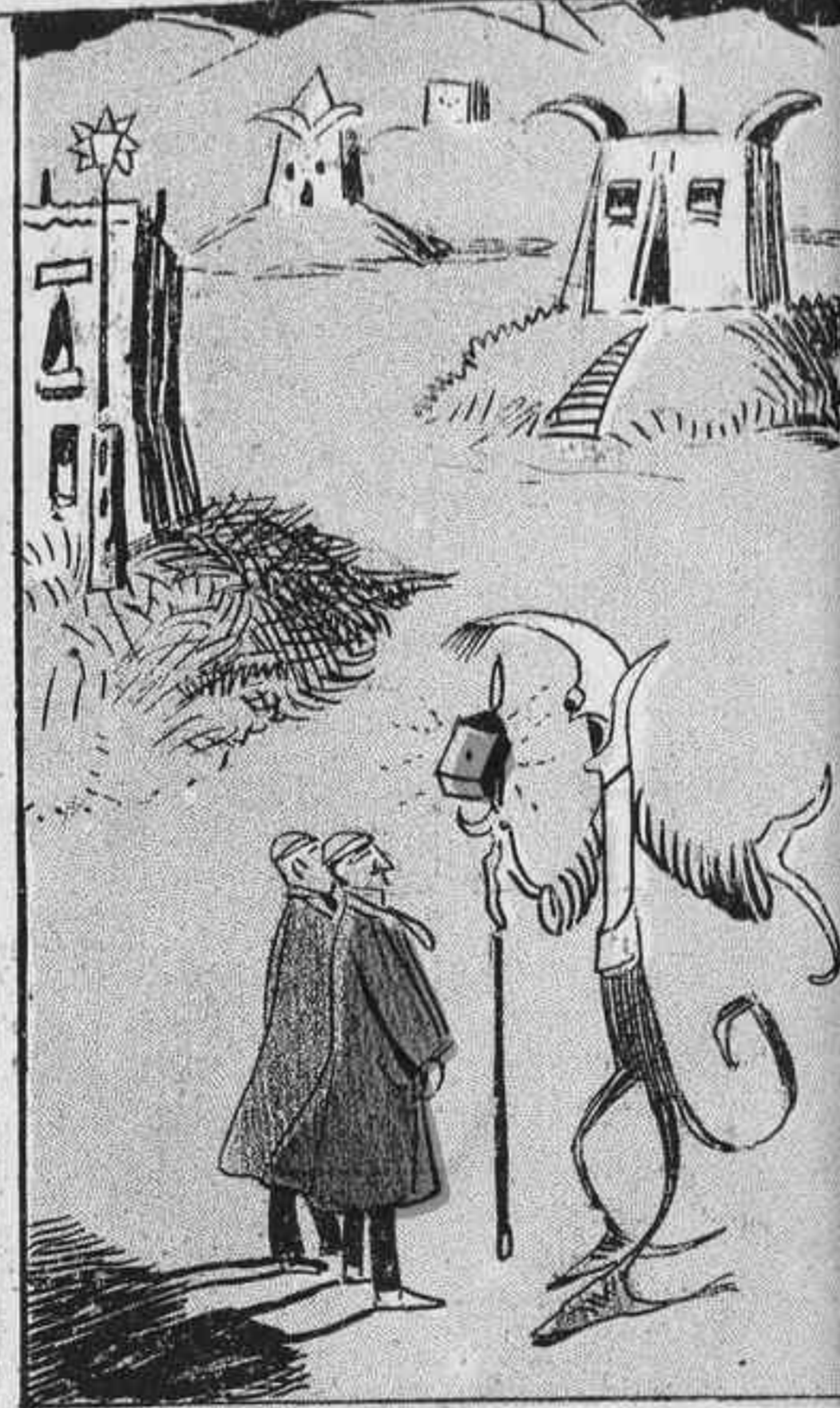
(Continuación)



—¿En la Luna, por fin, hay habitantes?—
preguntarán mil bocas, una a una;
antes de yo venir, ¡pero mucho antes!
sabía que en la patria de Cervantes
hay señores que viven en la Luna.



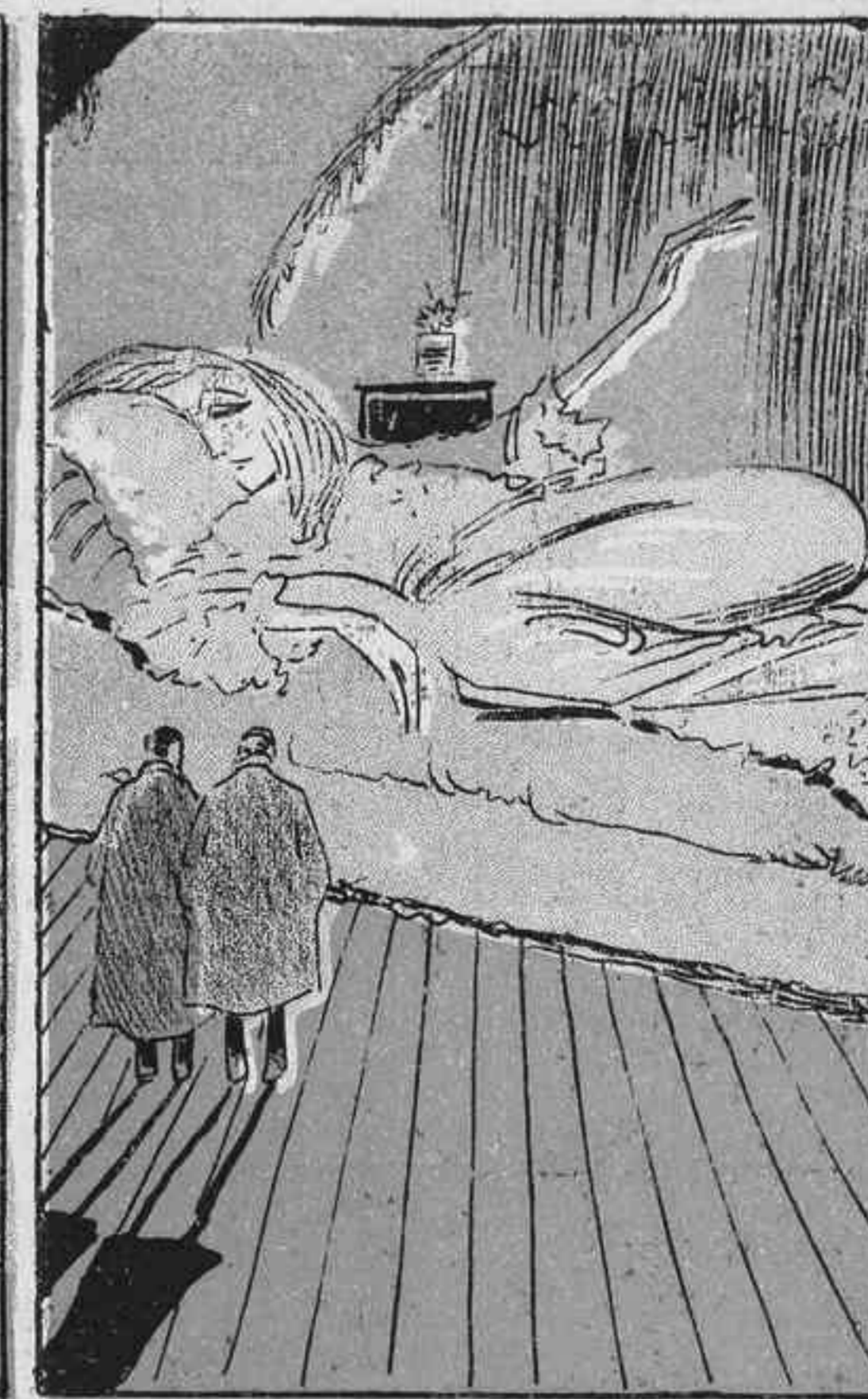
Es el astro nocturno un paraíso
donde todo es quietud, calma y reposo,
y tiene, como es lógico y preciso,
cada lunar un cuarto, con su piso,
a estilo de cualquier villa de Oso.



—¿Vive aquí un tal Moret?
—Cuarto menguante—
dice un sereno — dos, tercero, centro.
—¿Y Canalejas?
—Ese, más adentro;
quiere decir, señor, más adelante.



Por fin, ante la Luna nos hallamos...
Ella está en blando lecho recostada
y vive, como siempre, enamorada
pero no de Pierrot, según notamos.



—¿Buscáis a Hal'ley, al de la blanca cola,
al cometa anunciado y ya temido?—
y en aquella blánquísima aureola
vibró un rojo encendido de amapola
y dijo: — Pues Hal'ley, es mi... marido.



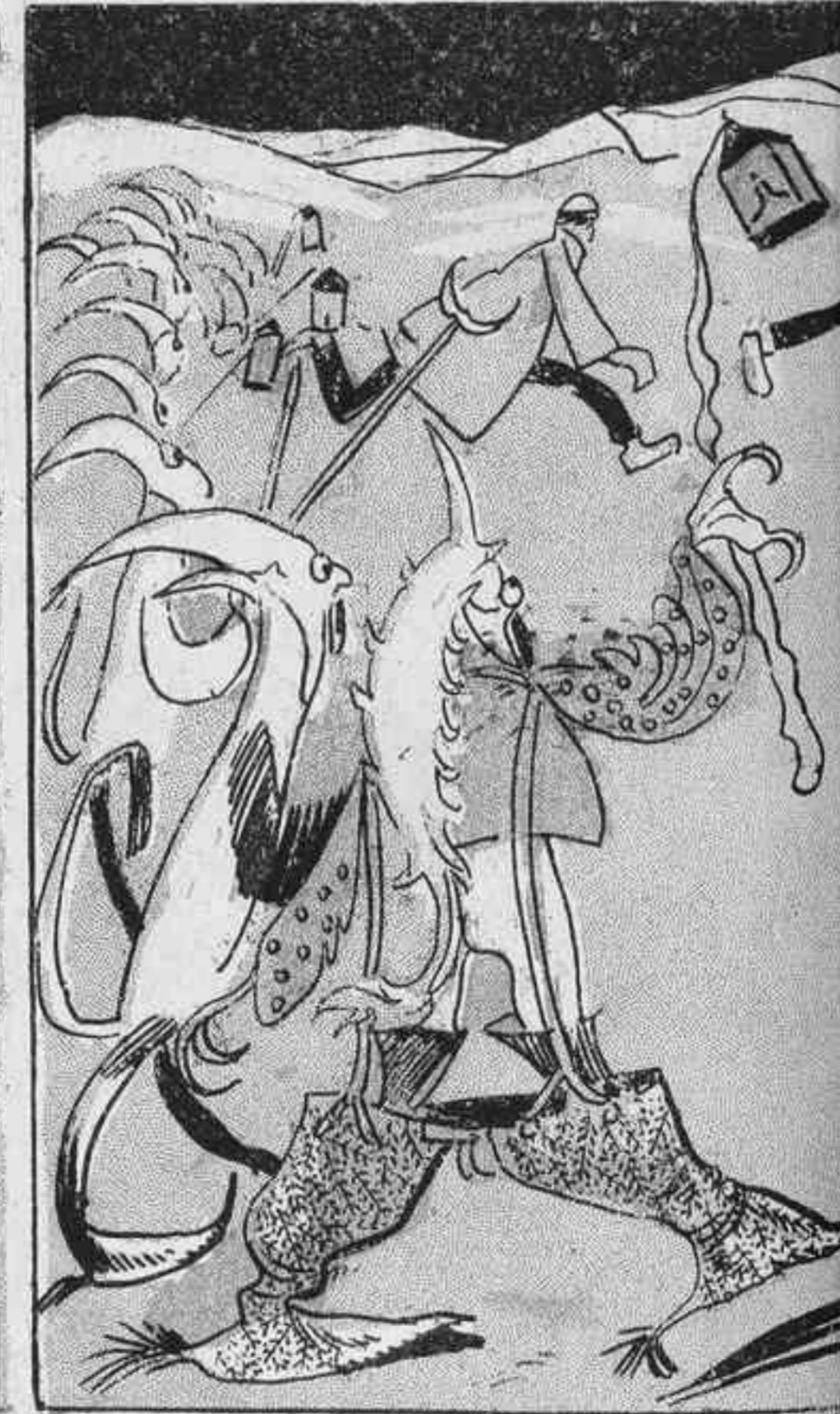
— Vedle — dijo elevando un tapiz rojo —
si yo le guiño el ojo
viene en el acto; enamorado, aquí;
él mirará hacia Venus de reojo,
¡pero su cola es sólo para mí!



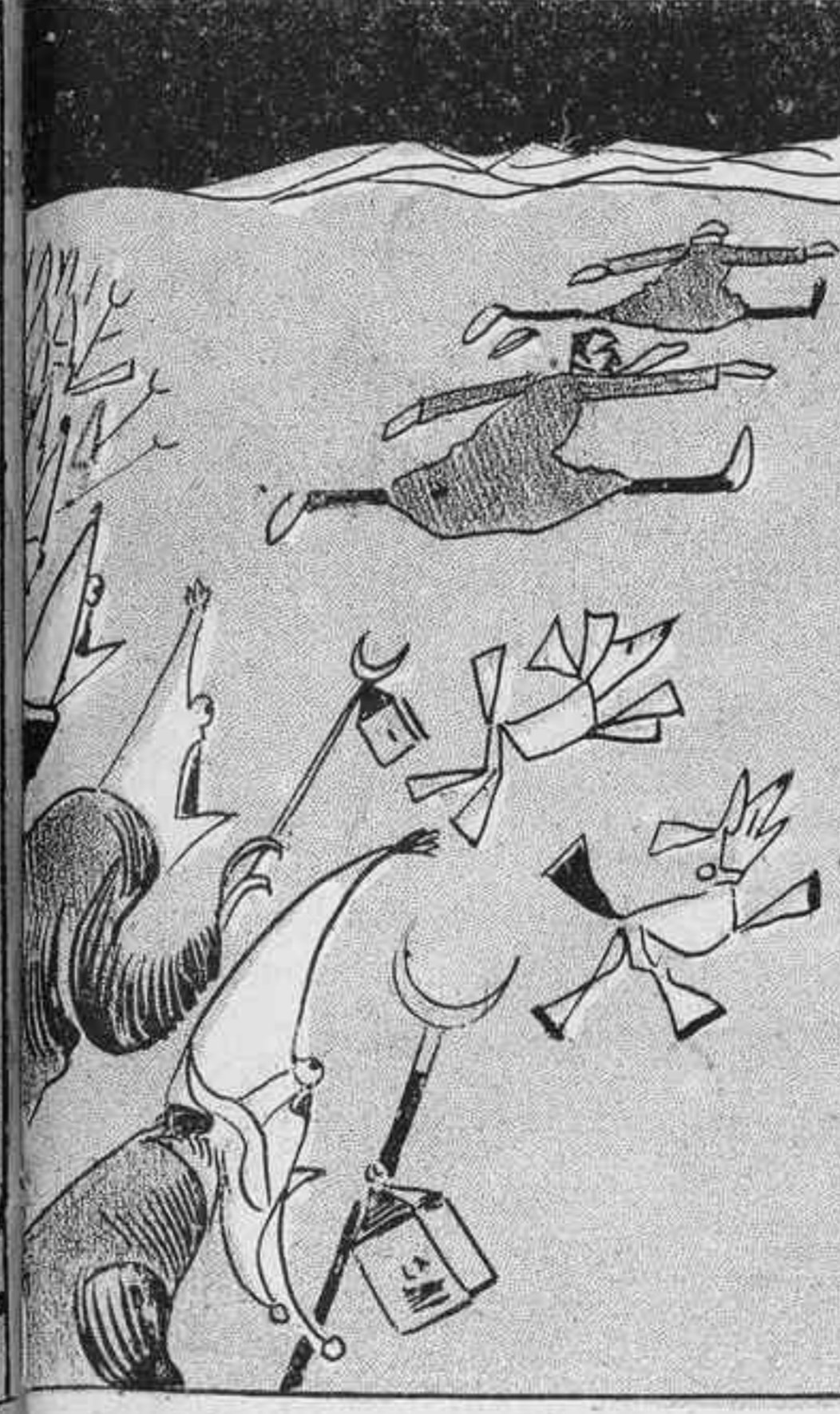
Y previendo nosotros la evidencia
en que se nos ponía en éste caso,
hicimos una larga reverencia
y salimos corriendo más que á paso.



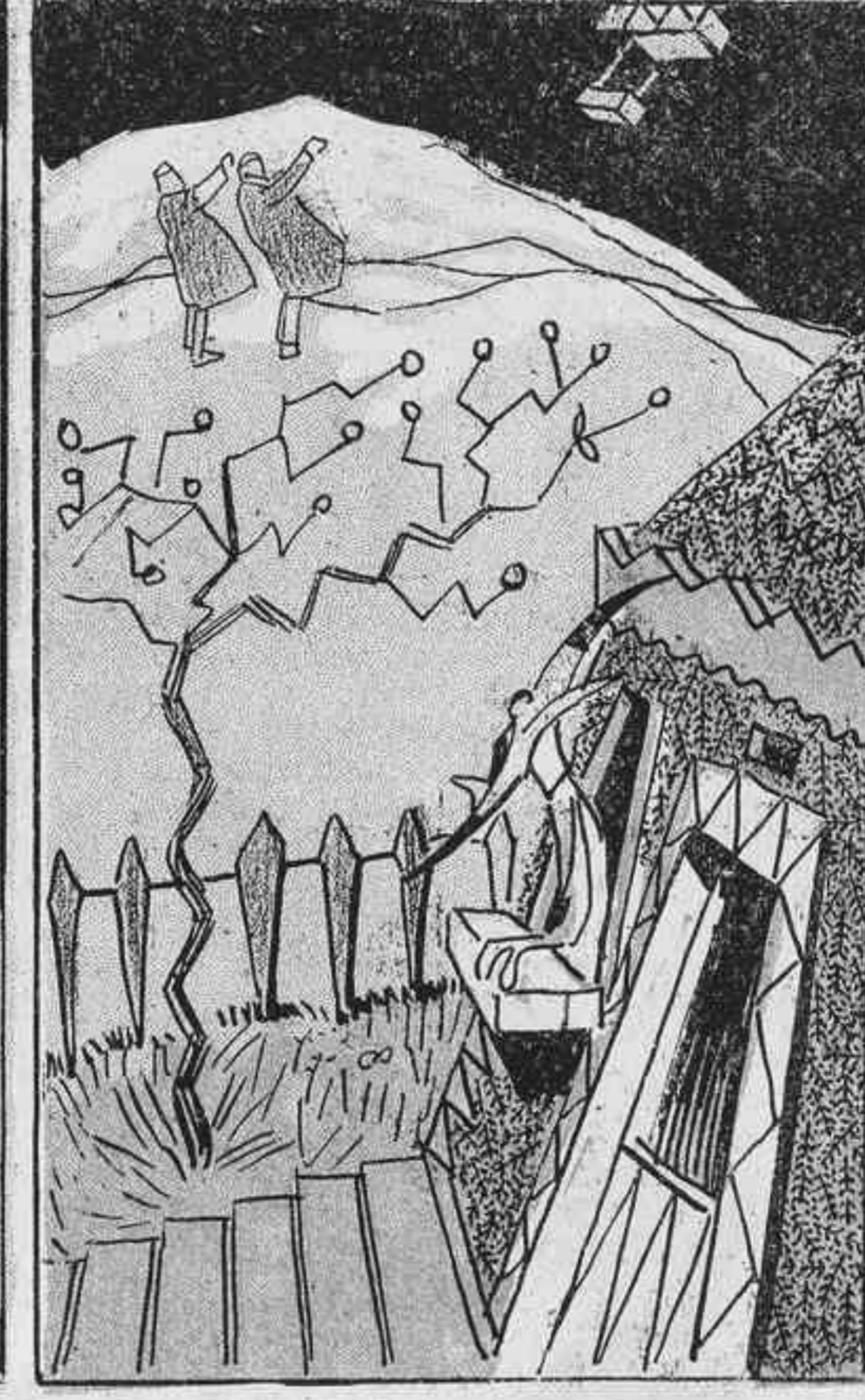
Y ya en la calle oscura
vemos una lundtica figura,
magnífico ejemplar entre ejemplares,
que marca, en sicalíptica figura,
la famosa canción de «los lunares».



— ¡Olé! — digo, tirándole la gorra
y sintiéndome en cuarto muy creciente...
Indignase con mi expresión la gente
y se arma tal camorra...



... que más que á prisa, de canguelo llenos
y haciendo de motor un gran derroche
nos largamos, seguidos por serenos
guardadores del astro de la noche.

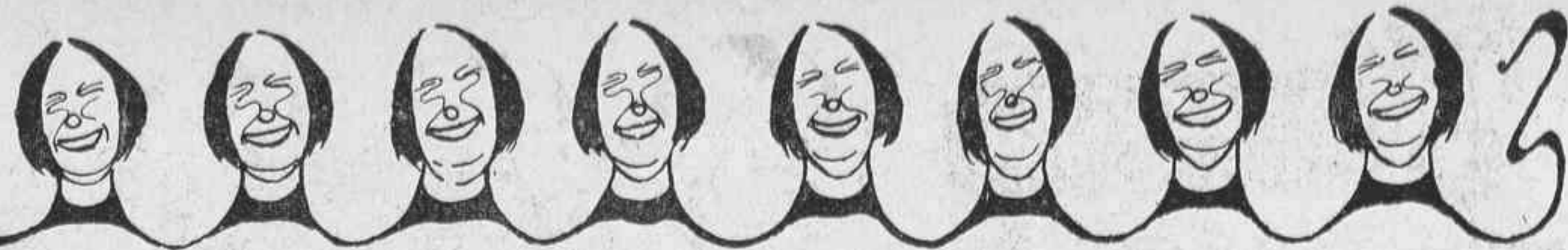


En la veloz huida
vemos ¡oh, gran fortuna! el aeroplano
que inicia lentamente su caída;
le hacemos una seña con la mano...



... y al salir, ya rendidos, del planeta
donde reina una impura mujerzuela,
vemos la faz inquieta
de Pierrot, que, celoso del cometa,
nos abre, servicial, la portezuela...

(Continuará.)



TRIBUNA LIBRE

DEL CIRCO LILIPUTIENSE

Les journaux espagnols s'occupent trop des mesquineries de la politique intérieure et négligent les problèmes internationaux qui sont bien plus importants, ha dicho Canalejas, si no miente *Le Matin*. Nuestros periódicos no se ocupan de los problemas internacionales, pero tampoco de manifestaciones que honran a España en el Extranjero. Liliputienses campan por sus respetos, y en vez de dar la nota periodística, por ejemplo, la crónica—que es la actualidad adornada con ingenio—se ocupan en serio de sus propias cosas, de lo mucho que valen, de que se metan con Dios, etc., etc.

Para los modestos, aunque su mérito sea muy grande, el vacío.

«Tiene horror al reclamo, á tal punto, que jamás pide á sus compañeros en la Prensa una palabra de recomendación para una obra de él, y nunca se habla de ellas en la Prensa de su país. Diríase que prefiere que sus compañeros finjan ignorar lo que escribe. Raro caso en la literatura universal. Todos los libros de este escritor excepcional han parecido en silencio, sin levantar los rumores de entusiasmo y de triunfo que á veces acogen, entre nosotros, á las más auténticas medianías. Este novelista se ha impuesto por su mérito personal, únicamente, al auditorio público.»

Ha dicho *Le Temps* en un artículo de tres columnas, dedicado á estudiar *La Fe*, de Palacio Valdés, «obra que es como un resumen de la sociedad española y un compendio de humanidad».

¿Quién ha comentado, entre nosotros, el artículo de *Le Temps*? ¿Quién se ha apresurado á decir algo de la *Europa y España*, de Sánchez Díaz, libro doloroso, humano, magnífico, de amargura sana, en el que aparece diluida, con relación á los países de Europa, esta afirmación que Salavarría concreta á Buenos Aires:

«Producen pena aquellos teatros de Buenos Aires, monopolizados por las obras y compañías italianas, ó entregados á nuestros detestables cómicos de ese grosero y plebeyo género chico que últimamente se estila; producen dolor aquellas librerías inglesas, alemanas, italianas, francesas, tan perfectamente surtidas y dispuestas, junto á las escasas librerías españolas; causa vergüenza la opinión que allí se tiene de nosotros: español, es sinónimo de rudo, pobre é ignorante. Y es porque no enviamos otra cosa que gañanes hambrientos, cómicos groseros y algún libro detestable.»

Mucho estimé siempre á Palacio Valdés, pareciéndome un gran talento de artista y una honrada conciencia de ciudadano. La última vez que estuve en Madrid pregunté por él. Mi interpelado, con un gesto desdeñoso, me contestó:

—Se ha hecho místico... Es un caso perdido...
Pero hallado en *Le Temps*.

¿Palacio Valdés?... ¿Sánchez Díaz?... ¡Bah!... Otras lumbres sugestionan nuestra atención.

Aquí las tengo, aquí están mis amigos y ex-compañeros del *Heraldo*, Francos Rodríguez y Texifonte Gallego: Francos, en una fotografía de *A B C*, «visitando la barriada de la Prosperidad, acompañado de una comisión de vecinos», y Texifonte, sin vecinos, en su nuevo carácter de Director general de Agricultura.

Sin que yo lo crea merecedor de un premio de belleza, hay que decir que Francos es más guapo que Texifonte; pero también hay que reconocer que Texifonte es más distinguido, á pesar de que Francos entra y sale por Palacio como Pedro por su casa y se relaciona con príncipes y aristócratas. Texifonte, aunque las cavilaciones agrícolas le han dejado la cabeza lo mismo que un coco pelado, tiene *chic*.

Lo que no parece bien, al menos en el retrato, es la negrura excesiva del bigote. Contemporáneo mío, y por tanto madurito, Texifonte debe pintarse el bigote, como yo, que también coqueteo, me pinto el mío. Pero la tintura que usa Texifonte es exagerada, por lo que parece que todas las noches, al acostarse, deja la cabeza, con las botas, á la puerta de su cuarto, para que le den betún. Con mi tintura, que es una media tinta delicada, aún podría Texifonte conquistar alguna frutera ó verdulera de las que vayan á su Dirección.

Porque algo tienen que dejar ambos compadres á su paso por sus respectivas oficinas. Un suelto en que *España Nueva* se quejó de que los charcos y montones de tierra ó basura no dejan dar un paso por Madrid, me hizo temer que Francos no tuviese iniciativas; pero el corresponsal de un periódico madrileño, en Londres, dice:

«Recuerdo que, durante su última visita á Londres, me dijo Francos Rodríguez al salir de un suntuoso *lavatory* público de Westminster: «Esto es lo que haremos en Madrid cuando dependa de nosotros...» ¡Pues creo que ha llegado la hora, amigo don José!»

Yo no sé si Francos pasó la vida en Londres recorriendo *lavatorys* (en español, excusados), porque habiéndosele dicho, á raíz del atentado de la *rue de Rohan*, que me iban á prender, el antiguo republicano, tal vez temeroso de que le echasen mano á él también, se puso á honesta distancia y advirtiome al salir de París:

—No conviene que usted escriba por ahora.

Y todo lo que hice en Londres fué pasear y beber *whisky*, mientras Francos, cablegrafiando y croniqueando de firme, sudaba tinta, y cuando venía el *Heraldo* con cosas de él, yo, compasivo, le decía:

—De primera su crónica; y el cablegrama con la entrada de Su Majestad, superiorísimo. No olvide usted cablegrafiar lo de la Princesa. Ande usted, y á la vuelta me encontrará en el bar.

Pero aunque yo no le acompañé á Francos, me parece un poco traído por los cabellos eso de que en aquellos momentos, de honra y prez para la Monarquía, pensase él en hacer comunes madrileños y saliese de los *lavatorys* londinenses exaltando sus excelencias y prometiéndole al corresponsal que rivalizaría con ellos cuando subiese Canalejas.

Con la primavera el horizonte se abre á las iniciativas y negocios, y se repite la invasión de compatriotas que vienen á París con grandes proyectos.

En el Consulado de España se ha recibido carta de uno que viene á churrarse:

«Sabedor, dice, de que marcha bien en esa el negocio de churros...»

Luis BONAFoux

REVELACIÓN

Ese negro lunar, si breve fino,
primor sutil en tu desnudo cuello,
sobre el que tiende primoroso vello
sombra fugaz, de modo peregrino;

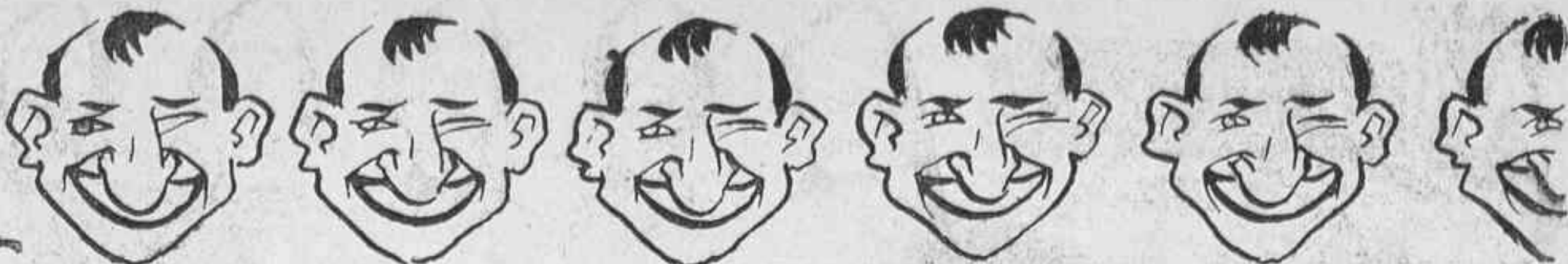
Lunar por el que tanto, de continuo,
se desvela mi amor, feliz con ello,
pintado fué, tan púdico, tan bello,
por obra sabia de pincel divino.



* El propio amor, con arte previsora,
sobre tu piel lo puso, que enamora,
por decir al amante que te rinda:

«Mortal, en cárcel tan preciosa duermen
gustos de besos—flores en su germen—,
¡y el lunar, tan gustoso, te los brinda!»

Carlos FERNÁNDEZ SHAW.



PEQUEÑECES

Alarma más que un toque de rebato
el lazo coquetón de tu zapato.

Dios no permita nunca, Rosalía,
que se pierda una carta tuya ó mía.
Pues si, como mil veces ha ocurrido,
por azares del mundo... y del correo,
tropieza con la carta tu marido...
nos hemos divertido,
porque esto acaba en drama, ¡ya lo creo!

Todos tus novios, traidores
te engañan... del peor modo
y abandonan tus amores
cuando lo han logrado todo.
¡Y mira qué disparate!
yo pienso, con honda pena,
que eres tonta de remate...
ó, ¡Dios te perdone, Elena!

¿Qué será, que á la menos inocente,
se la suele engañar más fácilmente?

El marido de Inés, que fué un tronera,
falleció de repente el otro día,
y á Inés, con voz cortada y lastimera,
no faltaba anteayer quien descubriera
virtudes que el difunto... no tenía.

Y anoche Inés decía:
—Todos le elogian, y hasta yo le alabo,
¡á burro muerto la cebada al rabo!—

Siempre el mismo saludo: *adiós, querido*.
¿qué se habrá figurado doña Olvido?

Me tiene en sus redes preso
y no quiere, á pesar de eso,
darme ni un beso Pilar.
¿Es que tendrá miedo al beso,
ó á lo que pueda tronar?

Tú que maldices tanto el matrimonio
y que huyes de las malas tentaciones
con que suele inquietarnos el demonio...
¡habrá que ver, en muchas ocasiones,
las cosas que al bendito San Antonio
le pidas en tus cortas oraciones!

Ramón ASENSIO MAS.

EL HEROISMO DEL SOMBRERO



Si las mujeres no tuvieran ya suficientemente acreditado, por la historia de su sexo, que en materia de valor pueden darnos quince y raya á los hombres, bastaría y aun sobraría para consagrar su heroísmo ante la posteridad el hecho de haber usado los actuales sombreros de moda.

Yo, que las poquíssimas veces que al año me pongo la chistera para entierros ó para bodas, indistintamente, sufro jaquecas, adecuadas por su intensidad al tamaño de mi cabeza, nada despreciable, estimo en toda su grandeza el coraje que se necesita para llevar unos kilos de peso sobre el cráneo.

Y no se me arguya que se trata de plumas y de cintas, porque es argumento tan gedeónico como el suponer que una arroba de paja pesa menos que una de hierro.

Esto sin contar con que, al peso del sombrero, hay que agregar el de los añadidos y el de las mil clases de horquillas, imperdibles, peinecillos y peinetas con que se sujetan al pelo propio que, en el total de la mole, suele ser el componente más insignificante.

Como que, aliviadas en las intimidades del hogar de todas estas imposiciones de la moda, muchas cabezas femeninas no quedan en nada.

Pasa con ellas lo que con los cocos; entre cáscara y oquedad, apenas si queda algo aprovechable.

Este «heroísmo del sombrero» es tanto más desinteresado cuanto que, por él, sacrifican las mujeres hermosas su belleza.

Con esas enormes alazas que caen sobre la cara hasta el cuello, no hay manera de lucir la hermosura de los ojos, ni la perfección de las narices, ni los encantos de la boca, ni siquiera la gracia de la barbilla, y no digamos el atractivo completo de la cara.

Indudablemente es una moda inventada por las feas para desarmar á las bonitas y poder competir con ellas en la sugestión de los hombres.

¡Quién sabe si á esta moda se debe el que este año se hayan casado bastantes muchachas que no tenían nada que agradecer á la Naturaleza!

Las mujeres, con esos sombreros, parecen setas, y como setas hay que tomarlas á la buena de Dios, sin saber si saldrán ó no saldrán venenosas.

Hay novios que todavía no han tenido ocasión de ver á sus prometidas el rostro.

Las tomaron á ojo, sobre la marcha, orientados por la esbeltez del talle ó por ciertas apetitosas redondeces, y es muy posible que, cuando vayan á quitarlas la tapadera, sufran irreparables decepciones.

Ya no hay manera de conocer á las amigas para saludarlas; bien es verdad que no cae uno en falta de cortesía, porque ellas tampoco se enteran de quién pasa á su lado.

Hace un año que las mujeres no ven más que los pies de los hombres.

¡Un año que los dos sexos no nos vemos las caras!

¿No será una moda ideada por el clericalismo para acabar de una vez con la virilidad de las pasiones masculinas y con el poder de los femeninos encantos?

Esos enormes sombreros de felpa con una cinta de la que penden dos borlas, tienen algo de los pastorales capelos cardenalicios, de los inconmensurables paveros que usaban los primeros padres de la Iglesia, de los que aún llevan los clásicos peregrinos de los Santos Lugares.

Indudablemente hay algo de influencia reaccionaria en esta moda.

No son sombreros sinceros, ingenuos, de cara descubierta; son sombreros misteriosos, sórdidos, hipócritas, que ocultan el rostro.

Bromas aparte, es una moda deplorable; nos priva de la contemplación de la belleza de la mujer, que es el mayor encanto de la vida.

Económicamente son una ruina, porque los sombreros femeninos, como los solares, se pagan por pies cuadrados, y hay algunos sobre los cuales podría edificarse la Equitativa y aún quedaría margen para jardines.

El Sr. Canalejas debía incluir en su programa político la abolición del tal sombrero, pero no en el «programa ideal», sino en el real y efectivo; en uno de los primeros proyectos de ley que aprobasen las futuras Cortes.

Llevar ese sombrero una temporada es heroísmo digno de ser immortalizado por la Historia; llevarlo un día más sería temeridad, de la que no debemos hacernos cómplices los hombres.

¡Fuera esos sombreros!

A ver esas caras bonitas.

Y que se fastidien las feas.

El Sastre DEL CAMPILLO

MISCELÁNEA, por Almoguera



Un siglo pasado va desde que, en el Viernes Santo, fueron ellas el encanto de la calle de Alcalá.



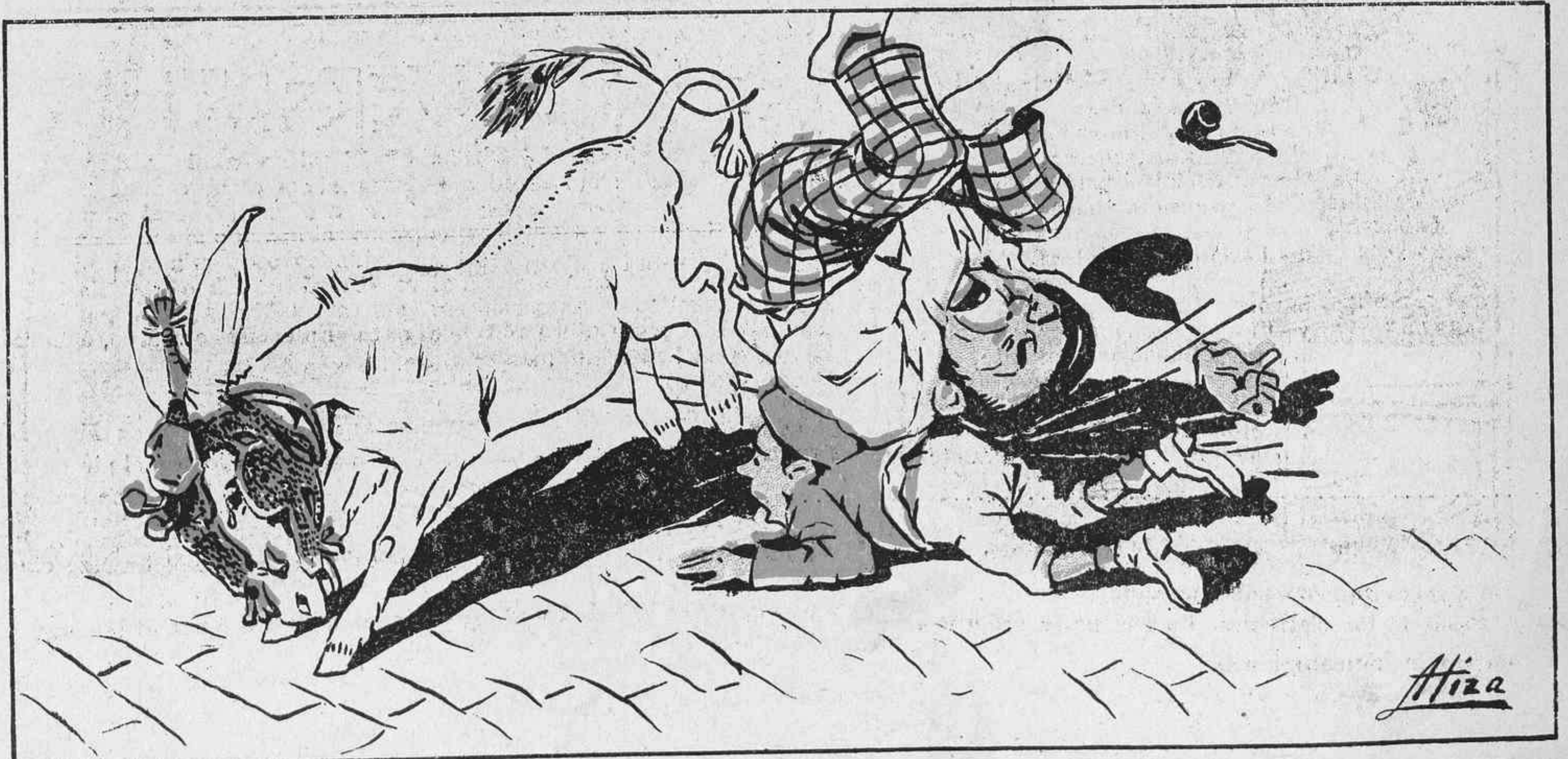
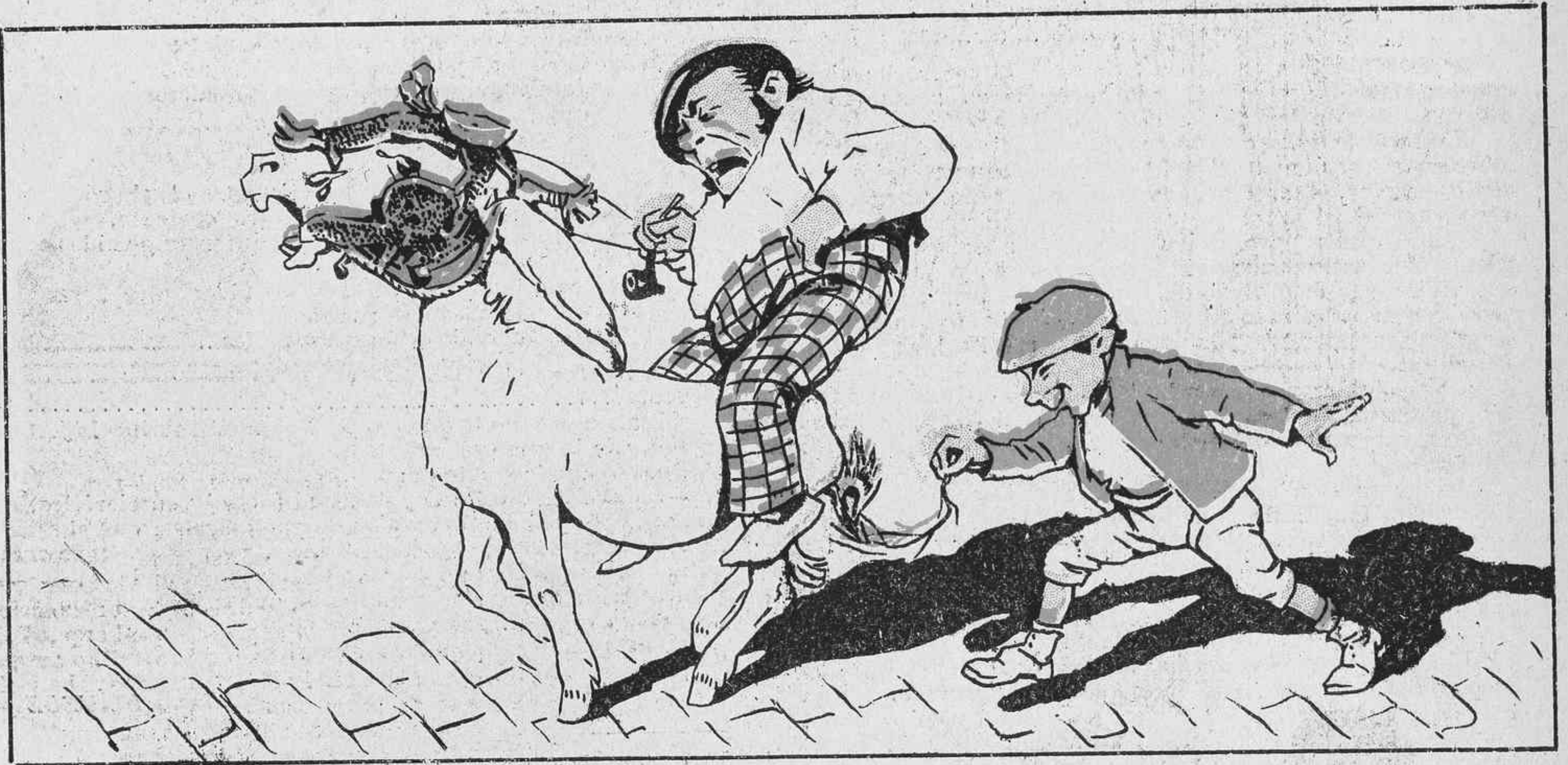
—¿Con quién toreas la primera corrida?
—Con Malla.
—¡Sicalíptico!



—Ya sabes que va á subir la carne.
—Cosas de los clericales. Pa que no la probemos en toa la Semana Santa.

—Señora, por su hija de usted soy yo capaz de llegar hasta el Cirugü.

BROMITA PESADA, por Atiza



Atiza



LOS VERSOS "A MI VECINA"

MADRID CÓMICO de antaño.

Allá por el año de 1883 (anteayer como quien dice), nos reuníamos los jueves por la tarde en torno á una mesa de pino en una habitación de la misma casa en que murió Cervantes, seis ó siete amigos jóvenes de buen humor, alegres, desconocidos, indocumentados, pero excelentes muchachos, según nos parecía á nosotros.

Ninguno pensaba en la muerte, ni en los crueles desengaños de la vida, ni en los tonos grises, ni en las intensas pasiones, ni en zarandajas psicológicas. A ninguno se le pasaba por la imaginación lo de:

¡Yo soy un vate triste
que vive errante! ...
¡Hacia atrás, todo es negro! ...
¡Negro hacia *alante!* ... etc., etc.

¿Pensar nosotros en eso? ¿Para qué? Al contrario; alegría, mucha alegría... y sobre, todo habiendo en el mundo cada Amalia... y cada Carlota! ...

Ninguno de nosotros fumaba en pipa, ninguno tomaba rapé y todos nos cortábamos el pelo hasta con coquetería, incluso Sinesio Delgado, el director, que era el que menos se cuidaba del aseo personal.

Sinesio usaba, para andar por casa, la teresiana de un teniente de cazadores compañero de hospedaje, y que en uno de sus viajes se la dejó olvidada. No se la quitaba de la cabeza ni para dormir, y antes le faltarían los calcetines (que algunos días no se los ponía porque le daban calor), que faltarle aquella prenda militar.

¿Cómo olvidarse, al recordar estos tiempos, de Juanito G. Rubio, de Sixto, de Jerónimo, de Miranda, del inconmensurable Chaves, y de tantos huéspedes de la casa, todos amigos y todos admiradores nuestros! ...

Bueno; pues en aquella sala de aquella casa de huéspedes fué donde puede decirse que nació el verdadero, el auténtico, el popularísimo MADRID CÓMICO, precursor de este nuevo retoño.

Con la rapidez del relámpago se enjaretaban allí composiciones vertiginosas, pies para los *monos*, chascarrillos picarescos, *chismes* y *cuentos*, anuncios en verso, y cuanto fuera preciso para completar el ajuste de las planas. Y todo á escape, todo de prisa, á veces sobre las mismas máquinas de la imprenta. ¿Que hacen falta ochenta líneas? Pues hacerlas improvisadas. Un epigrama, dos *chismes*, unos versos *A mi vecina*, y despachado.

Y con las prisas del ajuste y la fiebre de la improvisación, hacíamos versos por este estilo, que era el de moda en aquella época.

A MI VECINA.

¡Vecina, es usted divina!
¡Hágame usted el favor
de asomarse al mirador
cinco minutos, vecina;
para decirle á usted allí
desde mi propia ventana,
que es usted la más barbiana
del barrio de Chamberí.
Sé que un teniente insolente
la ronda á más no poder,
y el mejor día va á ver
lo que es bueno ese teniente,
pues le tiro una jofaina,
le desarmo al miserable,
y si él se va con el sable...
¡yo me quedo con la vaina!... etc., etc.

Así, con picardía y todo.

Ya sé yo que los versitos por este estilo no tenían mucha substancia, que digamos; la substancia que pueda tener un puchero que sólo hierva dos minutos; pero el caso es que con ellos *la vecina* se asomó al mirador, nos conoció, nos hicimos muy amigos, disfrutamos de sus favores y hasta de una popularidad en el barrio que muchos nos envidian todavía.

Y todo, ¿por qué? Por eso precisamente; por la misma insubs-

tancialidad con que le dijimos lo que queríamos decirle; por la rapidez de expresión y por la sinceridad de nuestro cariño. La muchacha nos comprendió y no hubo más.

Han pasado veintisiete años, y hoy sigue habiendo *vecinas* que, digan lo que quieran los gansos, son iguales, exactamente iguales que las de nuestro tiempo, y sigue habiendo poetas que las llaman al mirador.

Lo que ocurre es que ahora no se asoman.

Yo tengo un sobrino lánguido que no se corta el pelo; escéptico de suyo, aborrece la vida, el jamón con tomate, las criadillas, y aunque dice que vive en su *torre de marfil*, donde vive es en la Torrecilla del Leal, 56 duplicado... Bueno; pues ese desgraciado, después de mes y medio de roerse las uñas y de inspirarse con *whiskys*, *cok-taill's* y demás porquerías extranjeras, ha escrito, con no sé cual de las extremidades, unos versos que dicen así:

A MI VECINA.

¡Vecina ideal, jocunda!...

De decires ingerentes, de placeres sitibunda (1),
de mirares policromos con matices placenteros
rayos grises de potentes, de potentes reverberos...
andadosa curvilínea con vaivenes oscilosos

y graciosos
de odalística *Cachunda*.

¡Vecina ideal, jocunda!

Si á esa jaula cristalácea do chispea el sol ardiente
ruboroso se mostrara tu albo rostro sonriente,
hondos ecos de mi pecho lanzaran tiernos gemidos
en un cántico de amores

como cantan en sus nidos, en sus nidos entre flores
los parleros ruiseñores
cuando están *enamoridos*...

¡Vecina ideal, jocunda!... etc., etc.

.....
¿Y saben ustedes lo que le contestó á mi sobrino la *jocunda vecina*, con la portera?

Pues le dijo lo siguiente:

—Señora Ambrosia: Digale usted á ese joven clorótico, que no sea imbécil ni me maree con sus majaderías; que si está *en tren*, como él dice, de hacerme el amor, y cree que puede *avenir* mi novio, que lo diga de manera que se le entienda en España, y entre tanto que se siente un ratito, que se corte el pelo, y que después se vaya á... tomar rapé.

¡Y así quiere ser popular mi sobrino!...

¡Desgraciados!...

Fiaçro IRÁYZOZ

(1) Sitibunda quiere decir sedienta.



—Si los ojos no me engañan, usted acaba de bajar de un coche.

—¿Por qué voy á negárselo? En coche he venido, ó en coche me han traído, mejor dicho. Se empeñó Lleó.

—¿El maestro?

—Eso es. Lleó, el sublime autor de *La Corte de Faraón*, el confortable empresario de Eslava, que ha puesto el pie en el estribo de los éxitos, y viene arreando con la batuta en la diestra.

—Arrea, ¿eh?

—En berlina lo verá usted todo el día, y al galope, porque Lleó es un trabajador infatigable, un hombre activísimo que no pierde un minuto y sale á dos pesetas por hora, como los coches de punto. Ha bajado el alquiler, y ahí lo tiene usted desempeñando el Pasadizo de San Ginés en fuerza de llevar público á su teatro verderón.

—Me declaro admirador del maestro Lleó.
—¿Y quién no? Yo soy uno de sus devotos, el primer alabardero de la casa; tan devoto, tan alabardero, que muchas noches me quedo dormido tarareando su música popular, cuando no alarimo á la vecindad gritando: «¡Bravo! ¡El autor! ¡Que se repita!»

—¿Y se repite?

—Algunos vecinos me aseguran que suele repetirse, especialmente el garrotin de *La Corte*, mi pieza favorita ahora. Lo peor es que he contagiado al inquilino que vive al lado, y se pasa toda la noche llamando á su cónyuge Putifara...

—¿Y qué contesta Putifara?

—Doña Putifara, en quien también ha prendido el virus faraónico, envía á su señor marido á Judea, y en plena Judea les dejó, en tanto que yo, dale que le das al garrotin dichoso, me quedo al fin dormido como un casto José, hasta las ocho de la mañana.

—Debe usted cambiar de repertorio.

—¡Imposible, amigo mio! Lleó apunta con premeditación y alevosía. Siempre le verá usted sobre el paño verde.

—¿Juega?

—Á la cargada en todas las secciones. No hay suerte parecida. Se jugó la última peseta á *La Corte de Faraón*, y copó la banca.

—¿Vino la suya?

—Suyas son todas. *La alegre trompetería*, *La república del amor*, *La balsa de aceite*, *La alegre doña Juanita*, que está en puerta, y *Cantaclaro*, que viene en seguida, porque Lleó enreda las partituras lo mismo que se enredan las cerezas. Tira usted de una y surgen siete.

—¡Vaya un punto!

—Punto y banquero en una pieza. Punto en Apolo con *El método Górriz*, y empresario en Eslava por el mismo método, porque esta jugada va de salto.

—¿Y no saldrá la contraria?

—La contraria es para la compañía, ya que Lleó ha hecho saber á sus cómicos, por medio de un edicto, que el día 22 suspende la legislatura teatral... y que para la próxima se avisará á domicilio.

—Es un dato.

—Corren vientos de fronda. Determinados miembros de la sicalíptica corporación vacilan sobre sus pedestales, y hay quien da por recibidos el primero, el segundo y el tercer aviso, aunque Lleó aún no ha echado mano del pañuelo verde.

—¿También pañuelo verde? ¡Ese hombre es un pimiento!

—En Eslava no busque usted otro color. Es la divisa del establecimiento. Ahí está Julia Fons, que no me dejará mentir, y cuidado si Úrsula López hace méritos para desteñir á Julita. ¡Que si quieres! El verde de la Fons es permanente. Lo garantizan Paso, Perrín y Palacios, Jackson Veyán, López Silva y otros acreditados fabricantes.

—Suprima usted á Jackson.

—Mal lo quiere usted. Le habrá favorecido con algunas quintillas, y encima pide usted la supresión del simpático don José, como quien no dice nada.

—No me ha dejado usted concluir. Es que Jackson se ha pasado al Gran Teatro, dispuesto á colocarle á doña Úrsula su pieza correspondiente.

—Lo ignoraba.

—*La Corza blanca*, se titula.

—¡Traición!

—Pare usted. No fué á traición, sino muy á gusto de doña Úrsula, á quien le pareció la cosa de perlas, no encontrando palabras con que ponderar *La Corza* después de la lectura.

—Le digo á usted que Jackson es otro punto. Forma *pendant* con Lleó. Lo que él habrá pensado: «Cultivemos el verde, y puesto que le di una *Gatita* á Julia Fons, le llevaré una *Corza* á Úrsula López, y todo se queda en casa.» ¡Magnífico D. José! Ahora soy yo quien va á romper en quintillas.

—¿Usted?

—¡Qué menos que unas quintillas merecen Jackson Veyán y Vicente Lleó, esos dos titanes de la triunfante sicalipsis!

Juan RANA.



Una crónica inocente (¡como suya!) de Luis Bonafoux, redactor del *Heraldo*, publicada la semana pasada en MADRID CÓMICO, ha estado á punto de producir una cuestión personal entre Saint-Aubin, redactor del *Heraldo*, y Manuel Bueno, redactor del mismo.

Afortunadamente, las cosas se han arreglado á gusto de todos, y ni por un momento han dejado de ser compatibles en el citado diario tres de sus principales redactores.

Rocamora puede ya dormir tranquilo y reponerse de los sobresaltos que ha pasado, pensando si un día hubiera tenido que hacerle *Parmeno* toda la primera plana del periódico.

Se ha estrenado en Apolo, y fué aplaudida, una obrita del género pequeño que Casero titula: *El sueño es vida*. ¡No confundirla con *La vida es sueño*!

Moret ha ido á Granada á quejarse en un discurso de la desconsideración con que fué tratado en la última trapatiesta ministerial.

La otra vez que salió del Poder, fué á contárselo en otro discurso á los zaragozanos.

¡Qué empeño en no decir las cosas aquí y en ir á contar dichas por esos pueblos de Dios!

Es lo mismo que si á un perro le dan un palo en la Puerta del Sol y se va á ladrar á la Ronda de Atocha.

Los suspiros son aire, y van al aire;
las lágrimas son agua, y van al mar.
Si no tiene el Decreto Canalejas,
¿sabes tú á dónde irá?

En el concurso abierto por el Ayuntamiento para premiar un sainete en un acto con destino al Teatro Español, ha obtenido el premio el titulado *El chico del cafetín*, de nuestro liliputiense amigo Antonio Asenjo.

Nuestra enhorabuena á *Asenjito*, á quien consideramos después de este triunfo todo un genio municipal.

Correspondencia particular

E. A.—Segovia.—¿Qué han de engañar las apariencias! Malo de remate. Á la vista está.

J. A.—Madrid.—Recibido su artículo para el concurso.

V. S.—Valencia.—Confesión por *confesión*. No va usted para genio precisamente.

N. C. H.—Granada.—Empieza usted:

«Alá guarde á MADRID CÓMICO».

Sí; que Alá nos guarde de sus versículos.

A. P. M.—Madrid.—Y de los de usted. El artículo, ¿es para el concurso?

L. F. A.—Madrid.—No está usted todo lo *burlón* que sería de desear. Envíe trabajos más cómicos... y cuide mejor la forma.

Belaskec.—Madrid.—Declara usted en su *preciosa* carta que nos toma la delantera, suponiendo que le tomaremos el cabello en la respuesta. Á confesión de parte...

A. R.—Málaga.—Su plana no va mal. Sin embargo, no está dibujada en condiciones adecuadas para su reproducción.

Nicanor.—Oviedo.—En efecto, preparamos un concurso de caricaturas. Como dice usted muy bien, sus dibujos no llevan *chiste* debajo... ¡Ni encima!

S. J. R.—Madrid.

Son esas, *López-Silvadas*
que suenan mal al oído;
ese verde tan subido
no cabe ni en las portadas.

Sin firma.—Madrid.—Y sin gracia, caramba.

R. D.—Madrid.—Muy largo. Y no nos convence tampoco.

Utica.—Madrid.—Candorosamente dibujado.

ANUNCIOS... Y RIPIOS, por Almoguera



Como pronto va á casarse este pimpollo que ves, va á comprar muebles de Viena, á la gran casa *Thonet*.

Thonet, hermanos.

Plaza del Angel, 10.



—¿Necesita usted un sastrero que le vista pronto y bien? ¡Sastrería Modernista!

Jacometrezo, 47, 1.º



—¿Quiere usted el gordo, José?
—Si me dice dónde está, al punto lo compraré.
—Nada, si lo quiere usted Llorente se lo dará.

Hortaleza, 15.



—Voy de la Ceca á la Meca buscando calzado fino.
—Pues no vaciles, Faustino; zapatería de *Eureka*, ¡no tienes otro camino!

Cedaceros, 11.



—¡Oh, chico, qué soneto!
—¿Cómo te arreglas para hacerlo así?
—¿No estás en el secreto?
Tómame un par de tazas del *Cafeto* y te saldrán los versos como á mi.

C. de Simón Martínez. Hernán Cortés, 7.—MADRID